

Meca, llamado Abul-Wahiab, ha acometido la empresa de convertir el islamismo á su pureza de dogma primitiva; de estirpar, primero con la palabra, luego con la fuerza, de los Arabes convertidos á su fé, las supersticiones populares con que la credulidad ó la impostura alteran todas las religiones, y de hacer de la religion del Oriente un deismo práctico y racional. Poco habia que hacer para esto, porque Mahoma no se dió por un Dios, sino por un hombre lleno del espíritu de Dios, y no predicó mas doctrina que la unidad de Dios y la caridad para con los hombres: el mismo Abul-Wahiab no se ha dado por profeta, sino por un hombre iluminado por la sola razon. La razon esta vez ha fanatizado á los Arabes como lo han hecho otras veces la mentira y la supersticion: se han armado en su nombre, han conquistado la Meca y Medina, han despojado al culto de veneracion tributado al profeta de toda la adoracion que se habia sustituido á él, y cien mil misioneros armados han amenazado cambiar la faz del Oriente. Mehemet-Alí ha opuesto una barrera momentanea á sus invasiones, pero el wahiabismo subsiste y se propaga en las tres Arabias, y, á la primera ocasion, estos pueblos purificadores del islamismo se extenderán hasta Jerusalem, hasta Damasco y hasta Egipto. Así es como las ideas humanas perecen por

las mismas armas que las han propagado; nada es impenetrable á la progresiva luz de la razon, esta revelacion gradual é incesante de la humanidad. Mahoma salió de los mismos desiertos que los Wahabitas para derribar los ídolos y establecer el culto, sin sacrificios, del Dios único é inmaterial: Abul-Wahiab llega á su vez, y, destruyendo las credulidades populares, convierte el mahometismo á la razon pura. Cada siglo levanta una punta del velo que esconde la grande imagen del Dios de los dioses, y le descubre detras de todos los símbolos que se desvanecen, solo, eterno, evidente en la naturaleza y pronunciando sus oráculos en la conciencia.

.....

Damasco. 5 de abril.

He pasado el dia recorriendo la ciudad y los bazares. — Recuerdos de san Pablo presentes á los cristianos de Damasco. — Ruinas de la casa de donde se escapó de noche en un cesto colgado. — Damasco fué una de las primeras tierras donde sembró la palabra que cambió la faz del mundo, y en donde aquella palabra fructificó rápidamente. El Oriente es la tierra de los cultos, de los prodigios y aun de las supersticiones: la grande idea que trabaja en él las imaginaciones en

todo tiempo es la idea religiosa. Todo este pueblo, costumbres y leyes, está fundado sobre religiones. Nunca ha sucedido lo mismo en Occidente. ¿Porqué? — Raza menos noble, hijos de bárbaros que se resienten todavía de su origen. Las cosas no están en su orden en Occidente: la primera de las ideas humanas no viene en él sino despues de las otras. — Pais de oro y de hierro, de movimiento y de ruido. ¡El Oriente, pais de meditacion profunda, de intuicion y de adoracion! Pero el Occidente anda á pasos de gigante, y cuando la religion y la razon que la edad media separó en las tinieblas se hayan confundido en la verdad, en la luz y en el amor, el espíritu religioso, el aliento divino volverá á ser en Occidente el alma del mundo, y producirá sus prodigios de virtud, de civilizacion y de genio. — ¡Así sea! —

.....

4 de abril, Damasco.

Treinta mil cristianos hay en Damasco y cuarenta mil en Bagdad: los cristianos de Damasco son Armenios ó Griegos: algunos sacerdotes católicos sirven á los de su comunión. Los habitantes de Damasco toleran á los frailes católicos; tan acostumbrados á su trage y los consideran

como orientales. Muchas veces he visto estos dias á dos sacerdotes lazaristas franceses que tienen un pequeño convento escondido en el pobre arrabal de los Armenios: uno de ellos, el P. Pousous, viene por la noche á mi casa. Es un sugeto excelente, devoto, instruido y amable; me ha llevado á su convento, donde instruye á los niños pobres árabes cristianos. La sola consideracion del bien que puede hacer le retiene en este desierto de hombres, donde siempre tiene que temer por su seguridad, y sin embargo está alegre, sereno y resignado con su suerte. De cuando en cuando recibe, por las caravanas de Siria, noticias y socorros de sus superiores de Francia, y algunos diarios católicos; me ha prestado varios, y nada me parece mas singular que leer esas chismografias piadosas ó políticas del barrio de San Sulpicio de París, á las orillas del desierto de Bagdad, detras del Líbano y del Anti-Líbano, cerca de Balbek, en el centro de un inmenso hormiguero de otros hombres ocupados en muy distintas ideas, y donde nunca han resonado el ruido que metemos y los nombres de nuestros efimeros grandes personages. ¡Vanidad de vanidades! Todo es vanidad, escepto servir á Dios y á los hombres por Dios! Nunca se penetra uno de esta verdad mas que cuando viaja, y ve cuan poca cosa es un movimiento que ataja un mar!

El ruido que intercepta una montaña! La fama que una lengua estrangera no puede pronunciar siquiera! Nuestra inmortalidad no está seguramente en esta falsa y breve inmortalidad de nuestros nombres terrenos!

Hemos comido hoy con un anciano católico de Damasco, que tiene mas de noventa años y goza de la plenitud de sus facultades físicas y morales: escelente y admirable viejo en cuyo semblante se ve estampada aquella serenidad de la benevolencia y de la virtud que da el sentimiento de una vida pura y piadosa cercana á su término! Nos colma de todo género de favores: anda corriendo por nosotros como un muchacho. El P. Poussous, su compañero, dos comerciantes de Bagdad, y un gran señor persa que va á la Meca, completaban la agradable reunion de la noche, en los divanes de M. Baudin, en medio de los vapores del tabaco que anublaban y perfumaban la atmósfera. Con ayuda de M. Baudin y de M. Mazoyer, mi dragoman, conversábamos con bastante facilidad: la cordialidad y la mas perfecta sencillez reinaban en aquella tertulia de hombres de los cuatro ángulos del mundo. Las costumbres de la India, de la Persia, los acontecimientos recientes de Badgad, la rebelion del bajá contra la Puerta, eran los temas de nuestras conversaciones. El habitante de Bagdad habia

tenido que huir al desierto de cuarenta dias, en sus dromadarios, con sus tesoros y dos jóvenes Francos, y aguardaba con impaciencia noticias de su hermano cuya muerte recelaba; pero mientras estaba hablando de él con nosotros, le entraron una carta de aquel hermano: — habia logrado salvarse é iba á llegar con la retaguardia de la caravana. Lloraba de alegría el buen hombre; nosotros llorábamos tambien, á causa de él y á causa de los tristes recuerdos que se agolpaban á nuestra mente. Aquellas lágrimas, derramadas juntamente por ojos que nunca debian encontrarse en el hogar comun de un amigo, en medio de una ciudad donde todos no hacíamos mas que pasar, — aquellas lágrimas unian nuestros corazones, y queríamos como á amigos á aquellos hombres de quienes ni siquiera se nos han quedado los nombres en la memoria!

.....

4 de abril de 1835.

Terrible tempestad durante la noche: el alto pabellon, con numerosas ventanas sin vidrios, donde dormíamos, temblaba como un buque batido por el huracan. En pocos momentos la lluvia deshizo el barro que cubre el terrado del

pabellon, é inundó el piso : por fortuna nuestros colchones estaban puestos sobre unas tablas encima de unas cajas de Damasco, y las mantas nos han guarecido de la lluvia. Estas borrascas son frecuentes en Damasco, y suelen derribar las casas cuyos cimientos no son de marmol. El clima es frio y húmedo durante los meses de invierno ; copiosas nevadas caen de las montañas. Este invierno, la mitad de los bazares se ha hundido con el peso de las nieves, y los caminos han estado interceptados por espacio de dos meses. Dicen que los calores del verano son insupportables ; hasta ahora no lo echamos de ver. Casi todas las noches encendemos braseros, llamados *mangales* en el país.

Compro un segundo potro árabe á un Beduino á quien encuentro en la puerta de la ciudad. El animal, mas pequeño que el que compré al agá, es mas fuerte y de un pelo mas raro, flor de albérchigo; es de una raza cuyo nombre significa *rey del jarrete*. Me le cede su dueño por cuatro mil piastras. Le monto para probarle : es menos manso que los otros caballos árabes, pero parece infatigable. Haré que lleve á *Tedmor* (este es el nombre árabe de Palmira, que dí al caballo del agá) uno de mis sais á pié y yo montaré á *Scham* en el camino. *Scham* es el nombre árabe de Damasco.

Un gefe de tribu del camino de Palmira, á quien ha enviado á buscar M. Baudin, ha llegado aquí ; se encarga de conducirme á Palmira y de volverme á traer, sano y salvo, á condicion de que iré solo y vestido de Beduino del desierto ; dejará á su hijo en rehenes en Damasco hasta mi vuelta. Deliberamos : mucho deseaba yo ver las ruinas de Tedmor ; sin embargo, como son menos admirables que las de Balbek, como necesitamos por la parte mas corta diez dias para ir y volver, y mi muger no puede acompañarme ; ademas, como ya ha llegado el momento de acercarnos á la orilla del mar, donde debe aguardarnos nuestro buque, renuncio con sentimiento á aquella escursion por el desierto, y nos preparamos á partir dentro de dos dias.

.....

6 de abril 1835.

Salimos de Damasco á las ocho de la mañana ; atravesamos la ciudad y los bazares atestados de gente ; oimos algunos murmullos y algunos apóstrofes injuriosos ; nos toman por secuaces de Ibrahim. Salimos de la ciudad por otra puerta que por la que hemos entrado : seguimos á la vera de unos jardines deliciosos por un camino

contiguo á un torrente, á que dan sombra soberbios árboles; subimos la montaña desde donde disfrutamos una vista tan hermosa de Damasco; nos paramos para contemplarla de nuevo. Comprendo que las tradiciones árabes hagan de Damasco el sitio del paraíso perdido; ningun lugar de la tierra recuerda mejor el Eden. La vasta y fecunda llanura, los siete ramales del río azul que la riegan, el magestuoso ceñidor de las montañas, los lagos deslumbradores que reflejan el cielo en la tierra, la situación geográfica entre los dos mares, la perfección del clima, todo indica á lo menos que Damasco fué una de las primeras ciudades construidas por los hijos de los hombres, una de las paradas naturales de la humanidad errante en los primeros tiempos; es una de aquellas ciudades escritas por el dedo de Dios sobre la tierra, una capital predestinada como Constantinopla. Estas son las dos únicas ciudades que no parecen arbitrariamente colocadas en la carta de un imperio, sino invenciblemente indicadas por la configuración de los sitios. Mientras haya imperios en la tierra, Damasco será una gran ciudad y Stambul la capital del mundo. — A la salida del desierto, en la embocadura de las llanuras de la Cele-Siria y de los valles de Galilea, de la Idumea y del litoral de los mares de Siria, se necesitaba un reposo encanta-

do para las caravanas de la India: tal es Damasco. El comercio ha llamado á este pueblo á la industria; Damasco es, como Leon, una inmensa fábrica; la población es de cuatrocientas mil almas, segun unos, de doscientas mil, segun otros; no lo sé de cierto, y es imposible averiguarlo; en Oriente no hay estadísticas exactas, es preciso juzgar á ojo. Por el movimiento de la muchedumbre que inunda los bazares y las calles, por el número de hombres armados que se lanzan de las casas á la primera señal de las revoluciones ó de los motines, por la estension del terreno que ocupan las casas, me inclinaria á creer que la población es de tres á cuatrocientas mil almas; pero si no se limita arbitrariamente la ciudad, si se cuentan como vecinos á todos los que pueblan los inmensos arrabales y las aldeas que se confunden á la vista con las casas y los jardines de esta grande aglomeración de hombres, creeria que el territorio de Damasco sustenta un millon. Tiendo sobre este pueblo una postrera mirada, haciendo interiormente votos por M. Baudin y por todos los escelentes sugetos que han protegido y hecho grata nuestra residencia, y algunos pasos de nuestros caballos nos hacen perder para siempre las cimas de sus árboles y de sus minaretes.

El Árabe que va al lado de mi caballo me en-

seña en el horizonte un gran lago que brilla al pié de las montañas, y me cuenta una historia de la que entiendo algunas palabras, y que me interpreta mi dragoman.

Habia un pastor que guardaba las camellos de una aldea en las orillas de aquel lago, en un canton desierto de aquella alta sierra. Un dia, mientras estaba abrevando su ganado, advirtió que el agua del lago huia por una salida subterránea, y la cerró con una gran piedra, pero en esta operacion se le cayó en el lago su cayado. — Poco tiempo despues, se secó un rio en una de las provincias de Persia. El sultan, viendo su pais amenazado del hambre por falta de agua para los riegos, consultó á los sabios de su imperio, y por dictamen de estos, se enviaron emisarios á todos los reinos circunvecinos para descubrir como se habia torcido ó cegado la fuente de su rio : aquellos embajadores llevaban el cayado del pastor que habia acarreado el rio. Hallábase aquel pastor en Damasco cuando llegaron aquellos enviados ; acordóse de su cayado que se le habia caído en el lago, se acercó y le reconoció entre sus manos ; comprendió que su lago era la fuente del rio y que la riqueza y la vida de un pueblo dependian de su voluntad. — ¿Qué hará el sultan por el que le vuelva su rio? preguntó á los embajadores. — Le dará,

respondieron, su hija y la mitad de su reino. — Pues volveos, replicó, y antes de que esteis de vuelta, el rio perdido regará la Persia y regocijará el corazon del sultan. — Subió el pastor á la sierra, quitó la gran piedra ; y las aguas, tomando su curso por aquel canal subterráneo, fueron á llenar de nuevo el cauce del rio. El sultan envió nuevos embajadores con su hija al dichoso pastor, y le dió la mitad de sus provincias.

Estas maravillosas tradiciones se conservan con entera fé entre los Arabes ; ninguno de ellos duda, porque la imaginacion no duda nunca.

.....

7 de abril.

Nos acampamos por la tarde en la falda de una alta montaña, despues de dos horas de marcha por un pais montuoso, pelado, esteril y frio. Se nos reúne una caravana menos numerosa que la nuestra, que es la del *cadi* de Damasco ; enviado todos los años á Constantinopla ; ahora vuelve para embarcarse en Alejandreta. Sus mugeres y sus hijos viajan en un cofre doble puesto sobre el lomo de un macho ; en cada mitad del cofre van una muger y varios chiquillos, todos

tapados. El cadí camina á un cuarto de hora detras de sus mugeres, acompañado de algunos esclavos á caballo; esta caravana nos deja atras y va á acamparse mas lejos. — Dura jornada de diez horas con un frio rigoroso y por valles completamente desiertos; caminamos una hora por el cauce de un torrente donde las grandes piedras derrumbadas de las montañas interceptan á cada instante el paso de los caballos. — Monto una hora ó dos mi hermoso caballo *Tedmor* para que descanse *Scham*. A pesar de dos dias de fatigoso camino, este magnífico bruto vuela como una gacela por el pedregoso terreno del desierto; en un momento deja atras á los mejores corredores de la caravana; es manso é inteligente como el cisne, cuya blancura y airoso cuello posee. Pienso llevarle á Europa con *Scham* y *Saide*; apenas me apeo se me escapa y va dando corcovos á buscar al Arabe *Mansurs*, que le cuida y le conduce; apoya la cabeza sobre sus hombros como un perro cariñoso: — hay completa fraternidad entre el Arabe y el caballo como entre nosotros y el perro. *Mansurs* y *Daher*, mis dos principales sais árabes que tomé en las cercanías de *Berut* y que me sirven hace cerca de un año, son sumamente leales y buenos; sobrios incansables, inteligentes, apegados á su amo y á sus caballos, siempre prontos á pelear por noso-

tros si se anuncia un peligro. ¡Qué no haria un gefe habil con semejante raza de hombres! Si yo tuviera la cuarta parte de las riquezas de algunos banqueros de París ó de Londres, renovaria en diez años la faz de la Siria; todos los elementos de una regeneracion se hallan aquí; solo falta una mano para reunirlos, un buen ojo para darles una base, una voluntad firme para conducir á ella á un pueblo.

Hacemos noche en una especie de venta aislada en una llanura elevada; el frio es insoportable, pero hallamos un poco de leña para encender una lumbrada en el cuarto bajo donde tendemos nuestras alfombras. Se nos han acabado las provisiones de *Damasco*; hacemos amasar un poco de harina de cebada destinada para nuestros caballos, y comemos unas tortas amargas y negruzcas que nos aderezan con ella.

Salimos con el alba y andamos doce horas; llegamos, andando siempre por un pais esteril y despoblado, á un lugarejo donde hallamos un asilo, gallinas y arroz. La lluvia nos ha inundado todo el dia; ya no estamos mas que á ocho horas del valle de *Beka*, pero nos dirigimos á él por su estremidad oriental, mucho mas abajo de *Balbek*.